

Joan Maragall, en la que insiste en los elementos perennes de la humanidad: «Lo primero no es ser de su siglo ni de su patria, lo primero es ser de todo *el tiempo*. Más que a España amo yo al mundo, y más que a mi tiempo a toda la historia de esta pobre, interesante humanidad que viene de las tinieblas y se esfuerza, incansable, por llegar a la luz. Las cosas constantes, fundamentales, son las que más interesan, las que más valen»¹⁰.

De dicha inflexión y de la predicación del bien, junto con la exaltación de los sentimientos humanitarios, dieron cuenta los primeros críticos e intelectuales que se aproximaron, en ese momento, a la obra de *Clarín*. Urbano González Serrano, quien había sido discípulo de Nicolás Salmerón y circunstancialmente profesor del joven *Clarín*, al analizar el séptimo «Folleto literario», *Museum (Mi revista)* (1890), señalaba que la personalidad crítica y artística de Alas, al exceder de lo vulgar, era apasionada, añadiendo, «pero casi siempre se apasiona de causas nobles, y entonces la pasión es... muy hermosa. Siempre es bueno algo de pasión. Aunque se la considere generalmente como un mal, la pasión que siente por lo bueno y por lo justo, la que inspira el noble espíritu de innovación y reforma es digna de loa»¹¹.

Si González Serrano recordaba la pasión por la idealidad, por la verdadera actitud moral ante la vida de su antiguo discípulo, Soler y Miquel, en cuya formación desempeñó un papel privilegiado don Francisco Giner, adivinaba la legítima deuda que contraían las narraciones finiseculares de *Clarín* con el espíritu evangélico de don Francisco, tanto en «la visión caliente y preñada de sentimiento» de la realidad, como en la «aspiración de algo que sentimos dentro de nosotros pidiendo esa u otra equivalente satisfacción de satisfacciones, satisfacción suprema»¹². Soler y Miquel consideraba a *Clarín* como un idealista cristiano, cuyos anhelos providencialistas al estar atados a la razón, se alimentaban, a la vez, de dudas y de esperanzas.

Es sabido que José Enrique Rodó, el joven maestro del modernismo hispanoamericano, atinó en 1895 a ver la riqueza polifónica de la obra de *Clarín*. Precisamente, al analizar la inflexión intelectual de Alas en la última década todos los indicadores que mencionaba convergían en caracterizar su pensamiento en la esfera de un idealismo generoso, desinteresado, opuesto

¹⁰ Ambas «Revistas mínimas» las he recogido en el segundo tomo de mi tesis doctoral, *Investigaciones sobre el regeneracionismo liberal en las letras españolas (1860-1905)*, Barcelona, Universidad de Barcelona, 1987.

¹¹ Adolfo Sotelo Vázquez, Leopoldo Alas y el fin de siglo, Barcelona, PPU, 1988, p. 41 [Urbano González Serrano, *Museum. Folletos literarios (VII) por Leopoldo Alas (Clarín)*], Estudios Críticos (1892)].

¹² Adolfo Sotelo Vázquez, Leopoldo Alas y el fin de siglo, pp. 60 y 69. [José Soler y Miquel, «Los cuentos de Clarín» (1895), y «Cuentos morales por Leopoldo Alas» (1896)].

al utilitarismo y al egoísmo, y del que se desprendía un intenso aroma de belleza moral. Rodó, que dice no compartir por entero los entusiasmos de Alas, reconocía –tomando como referencia la «Revista literaria» que *Clarín* había publicado en noviembre de 1889 en *La España Moderna* acerca de *La Unidad Católica* de Díaz Ordóñez– la autenticidad de las apetencias de idealidad, pragmatizadas en la inefable caridad, el olvido de las vanidades y las obras humanitarias que anidaban en el espíritu del intelectual asturiano.

Unos años después, tras el fallecimiento de Leopoldo Alas, varios de sus compañeros en la Universidad de Oviedo –Adolfo Buylla, Adolfo Posada y Rafael Altamira– al trazar desde diferentes tribunas la semblanza de *Clarín*, insistían en la estrecha vinculación de lo religioso, lo ético y lo social que anudaba su pensamiento, tanto en sus quehaceres literarios como académicos. Me referiré exclusivamente al espléndido discurso de apertura del año académico de 1901-1902 en la Universidad de Oviedo, leído por el decano de la Facultad de Derecho, Adolfo Buylla, y vertebrado en torno a la personalidad y el ideario de Alas. Quien era uno de los máximos exponentes del reformismo social de estirpe krausista, evoca la personalidad de Alas como vivo ejemplo del razonamiento y de la especulación, a la par que enfatiza «el culto a la idealidad, el amor a la belleza»¹³, del que no cabe otra traducción que la de los sentimientos humanitarios de la caridad y de la solidaridad. Por ello al cerrar su discurso, Buylla invoca la contribución de Alas –recuérdese que para Sanz de Río y para don Francisco Giner el trabajo intelectual debe ser también inspiración para la acción en la vida– la ciudad futura, «edificada para alojar a la humanidad que realice perdurablemente la verdad, la belleza, el bien»¹⁴. Ciudad futura dibujada por el *Ideal de la Humanidad para la vida* y en cuya construcción había trabajado el jornalero del espíritu que había fallecido meses antes.

A la luz de este sumario recordatorio de los diversos perfiles de Alas que trazaron intelectuales próximos a su órbita, se intuye al jornalero del espíritu que él mismo había dibujado en el cuento de 1892. La terrible mina –acaso el único cielo que existe– en la que labora es la conciencia personal (cuyo valor supremo suscriben todos los pensadores krausistas), abonada por las exploraciones de las insuficientes verdades de la historia y de la filosofía: «Yo trabajo en la filosofía y en la historia y sé que cuanto más trabajo me acerco más al desengaño»¹⁵.

¹³ Adolfo A. Buylla / Pedro Sainz Rodríguez, Dos discursos académicos sobre Leopoldo Alas, Oviedo, Universidad de Oviedo, 1986, p. 35.

¹⁴ Ibidem, p. 53.

¹⁵ Leopoldo Alas «Clarín», «Un jornalero», El Señor y lo demás, son cuentos ed. Gonzalo Sobejano), Madrid, Espasa Calpe (Austral), 1988, p. 190.

Desengaño cuyo único asidero es el trabajo, la voluntad y el esfuerzo de la predicación, de la escritura. La existencia del jornalero del espíritu queda legitimada por sus inacabables esfuerzos de Sísifo para dar validez, desde la racionalidad, a los anhelos de idealidad, de amor y de justicia, cuya pragmática exige sacrificio, caridad, altruismo..., sumatorio que el joven *Clarín* de *Solos* (1881) llamó virtud («Sólo la virtud tiene argumentos poderosos contra el pesimismo»¹⁶) en un doble sentido: de hábito del alma para el vivir según el deber moral; y en el alcance de las acciones que conllevan el bien de la humanidad¹⁷. En ese trabajo, cuyo único espejo es la conciencia, es en lo que se afirma el intelectual Fernando Vidal, *alter ego* de Alas: «He tenido en el mundo ilusiones, amores, ideales, grandes entusiasmos, hasta grandes ambiciones; todo lo he ido perdiendo; ya no creo en las mujeres, en los héroes, en los *credos*, en los sistemas; pero de lo único que no reniego es del trabajo; es la historia de mi corazón, el espejo de mi existencia; en el caos universal yo no me reconocería a mí propio si no me reconociera en la estela de mis esfuerzos»¹⁸.

El oficio de intelectual, tal y como lo entiende Vidal, tal y como lo entendía *Clarín*, daba validez de un modo radicalmente rebelde a la entrega de sus maestros: «Somos vulgarizadores de ese brillante ácido prúsico que sacamos de las grandes minas de los maestros»¹⁹. El *Ideal* no era la palabra cerrada de Krause y Sanz del Río, sino el yunque incesante de Giner, un esfuerzo cotidiano por erigir los quehaceres intelectuales y artísticos como actividades que, sabedoras de sus límites (todos los grandes textos krausistas saben de la servidumbre decisiva y última de la muerte), postulan un destino utópico, las esperanzas de un ensueño, el porvenir espiritual del racionalismo armónico, tanto en la austera reforma de la propia personalidad como en el «sacerdocio de servir eficazmente a sus semejantes»²⁰, según expresiones del último Leopoldo Alas.

II

Las invariantes del pensamiento de *Clarín*, aún con la notoria inflexión del fin de siglo y con su sincero acercamiento al espíritu nuevo (magistral-

¹⁶ Leopoldo Alas «Clarín», «Cavilaciones», *Solos*, Madrid, Fernando Fe, 1891, p. 86.

¹⁷ *No es éste el lugar, pero sería interesante leer la naturaleza y la pragmática de esta zona del ideario clariniano a la luz de Le fondement de la morale de A. Schopenhauer, que A. Burdeau tradujo para Alcan en 1875. Cf. La excelente edición facsímil, con introducción de Alain Roger, de Aubier-Montaigne (París, 1978).*

¹⁸ Leopoldo Alas «Clarín», «Un jornalero», *El Señor y lo demás*, son cuentos, p. 190.

¹⁹ Yvan Lissorgues, *Clarín político*, Barcelona, Lumen, 1989, t. II, p. 208.

²⁰ *Ibidem*, p. 207.

mente estudiado por Yvan Lissorgues²¹) tienen su origen y su vertebración en el ideario krausista, de cuyo itinerario en el último cuarto del siglo XIX él es un mojón imprescindible.

Don Francisco Giner de los Ríos, a quien el autor de *La Regenta* llama en 1886 (reseñando *Los pazos de Ulloa*) «mi constante maestro», había expresado en 1870, haciendo apresurado inventario de los efectos de la *Gloriosa*, su desazón y desencanto por lo sucedido: el 68 se había fraguado desde la libertad, la igualdad, la lealtad y la solidaridad, y lo que Giner veía meses después era desencanto, «sorda desesperación de todos los oprimidos», «hostilidad creciente de todos los instintos groseros»²², era tiranía, perjurio, iniquidad. El balance, sin duda exagerado y tal vez erróneo, procede de un texto capital –«La juventud y el movimiento social»– para entender la proyección de su ideario y de su magisterio en sus discípulos más queridos como Leopoldo Alas. En este magnífico ensayo que se abre con una cita del «Discurso inaugural de los estudios universitarios en 1851» a cargo de Julián Sanz del Río, Giner no sólo daba rienda suelta a su enojo, sino que con el habitual proceder del regeneracionismo krausista, trazaba la dirección de un camino que la verdadera juventud activa, inteligente y enérgica debía recorrer. Ese camino es el del sacrificio, el del ejercicio de la conciencia moral, el de la rectitud del deber y de la conducta (Giner habla de «espíritus rectos y bien sentidos»), en lucha incesante contra «el marasmo de la posesión», de la soberbia, la altanería, la vulgaridad y el nudo gordiano de las dolencias sociales: la pasión egoísta.

El ideario de Giner, como nos enseñó López Morillas²³, se radicalizó camino del desastre del 98, manteniendo incólume la exigencia –por la vía de la predicación y de la redención pedagógica– de ideales, de estímulos a la acción eficaz contra los males que resumía en el egoísmo. Los remedios se contenían en el compendio de la virtud moral, cuyo eje vertebrador (tal y como decían los *Principios de Derecho Natural* redactados por Giner y Alfredo Calderón) era «la *humanidad o filantropía*, virtud sin la cual los remedios de toda clase de males eran *vana exterioridad*»²⁴.

²¹ Cf. Yvan Lissorgues, *El pensamiento filosófico y religioso de Leopoldo Alas «Clarín»*, Oviedo, Grupo Editorial Asturiano, 1996.

²² Francisco Giner de los Ríos, «La juventud y el movimiento social» (1870), *Obras Completas*, t. VII, Estudios sobre educación, Madrid, Espasa Calpe, 1935, p. 109.

²³ Cf. Juan López Morillas, *Racionalismo pragmático. El pensamiento de Francisco Giner de los Ríos*, Madrid, Alianza, 1988.

²⁴ Francisco Giner de los Ríos, *Prolegómenos del Derecho. Principios de Derecho Natural*. *Obras Completas*, Madrid, La Lectura, 1916, t. I, p. 142. *La primera edición del libro fue publicada en Madrid por la Imprenta de la Biblioteca de Instrucción y Recreo en 1873.*